

## PRESENTACIÓN

Ha debido costar mucho esfuerzo culminar este libro, pese al acervo de erudición y cultura científicas de los autores. Me parece una expresión de generosidad, enhebrada con la maestría de un detective de la ciencia metido a cirujano del conocimiento científico, muy de agradecer. Pero hay bastante más.

Esta obra es una contribución al mundo de la ciencia y del pensamiento, que nunca debieron separarse. Más exactamente, es una aportación y un refuerzo a la “y” [o al guión o a la relación, llamémosla *conciencia*], que a la vez los une y los distancia.

Se desarrolla en un sentido y con un compás distinto al de la ciencia convencional, pero también difiere de las inercias hacia la *estrechez* de la formación académica al uso, del prurito de rentabilidad ciega característico de esta sociedad de *sonámbulos satisfechos* (N. Caballero) y *sistemas egocéntricos*, de la *macdonalización* de los contenidos de la vida cotidiana, incluidas educación y ciencia, etc.

Todas estas razones nos han forzado a soltar la amarra de lo esencial. Por ello, cuando alguien nos ofrece *néctar de cultura fundamental*, no sólo se agradece, sino que se comprende su utilidad en el marco de un diálogo profundo y posible de *conciencia a conciencia*.

Los señores Agudelo toman como referente a un autor injusta y torpemente desaprovechado: Pierre Teilhard de Chardin, nacido en 1881, como Pablo Picasso o Cousinet, y muerto en 1955, con sólo unos días de diferencia de A. Einstein. Para algunos –entre los que me encuentro-, Teilhard de Chardin es el germen del nuevo *paradigma de la complejidad, de la evolución* o de la *universalidad*.

Los autores no tratan tanto de reparar el daño que la iglesia católica infringió a este *jesuita prohibido* (Vigorelli), sino de mostrar la actualidad de sus tesis, esta vez desde la ciencia. Lo que ocurre es que, al hacerlo, impacta inevitablemente en la esfera de la conciencia personal y colectiva del científico. Por eso su lectura resulta a la vez ilustrativa, formativa y cercana.

*El universo sensible* discurre a lo largo de dos trayectorias convergentes. Por un lado, recorre la circunferencia de la actualidad científica de algunas realizaciones sobresalientes. Por otro, desciende al centro de su geometría e indaga en la percepción del científico.

Desde esta dialéctica exterior-interior, nos invita a todos a reflexionar conjuntamente sobre el eje de la posible evolución de un universo orientado hacia el *Omega* teilhardiano. Esta inducción es tan importante, tan definitoria o tan necesaria como la brújula para el excursionista. ¿Cómo podría si no aquella *circunferencia* pasar de una estructura *plana* (recurrente y sin profundidad) a la *espiral* (autoconstructiva y elevable)?

La vida humana y el quehacer científico –parafraseando al propio Teilhard de Chardin- podrían aparecer, a los ojos de un observador externo, como un inmenso tanteo no aleatorio. De esto deducimos [desde el criterio de complejidad de conciencia], que existen varios grupos de científicos:

- a) *Los que saben o creen que saben*, y centran su motivación en los *qués* y en los *porqués*. Podríamos denominarles *científicos explicativos*. Sin duda, integrarían la mayor parte de la comunidad de investigadores.
- b) *Los que saben que saben*, y han podido ahondar en la naturaleza y raíces *epistémicas* de su conocimiento. Serían los *científicos reflexivos*.

c) *Los que saben lo que saben y no saben*, y han profundizado en la propia madurez personal, buscando su integración con la formación profesional. Podríamos calificarles como *científicos humildes*.

d) *Los que saben para qué saben que saben*, a su vez, de dos clases:

1. Aquellos cuyo *para qué* se orienta a la rentabilidad de su sistema concreto (tiempo, espacio, ámbito científico, nación, religión, cultura, etc.) -que son la mayoría de ellos-. Identifiquémoslos como *científicos sistémicos, parciales o egocéntricos*.
2. Aquellos cuya motivación les lleva a interpretar la vida como un proceso de evolución trascendente cuyas coordenadas van mucho más allá de su sistema, su parcialidad, su limitación, su *terrenito*, etc. Podríamos llamarles *científicos complejos, evolucionistas, universales*.

Desde luego, hay pocos con este último perfil, quizá propio de quienes han cultivado su mentalidad y no sólo se han centrado en lo objetal (investigaciones, sistema rentable, etc.), porque han entendido su trabajo como punto de partida, y no como punto de llegada. Pero cada vez son más y más.

La obra los señores Agudelo, orientada a un futuro posible vertebrado por una sensibilidad, una conciencia, una ciencia y una educación más complejas, es una producción del último grupo. Por tanto, podría acicatear a los demás, no sólo desde numerosos contenidos -por ejemplo, los contenidos sustantivos que desarrolla su trabajo-, sino desde aquello que los mueve y los orienta. O sea, desde la respuesta al *para qué* del conocimiento científico, en el seno de un universo evolutivo, del cual el ser humano actual no es el centro ni sobre todo una culminación, sino un eslabón *hallado* del ser humano que todavía no nacido, un paso hacia la

*noosferización*, un centímetro primero de un viaje apasionante que apenas ha empezado.

Ésta es, a mi juicio, la utilidad teleológica de este trabajo, que estimo fundamental para la preparación del profesional que se forma en la universidad o a lo largo de su vida.

AGUSTÍN DE LA HERRÁN GASCÓN  
Universidad Autónoma de Madrid